

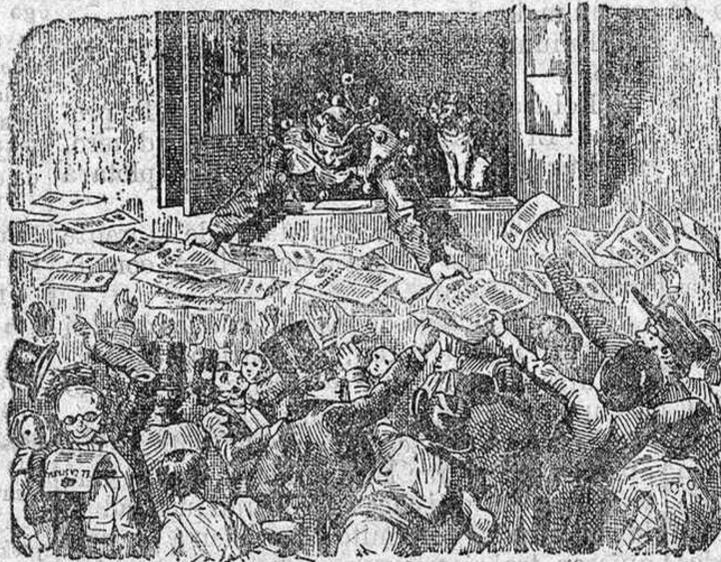
SE PUBLICA TODOS LOS DIAS
MENOS LOS LUNES, DESDE SETIEMBRE PRÓXIMO.
 Los números de Agosto gratis á los suscritores.

Recreo, moralidad, instruccion.

Escenas de costumbres, artículos humorísticos, anécdotas, epigramas, oportunidades, sermoneos, charadas, logogrifos, noticias útiles, bromas cómicas, ejemplos morales y cien mil cosas más.

Madrid. Por un mes, 7 rs., por tres id. 20, por seis idem 33, y por un año 70.
 Provincias. Por un mes, 8 rs., tres idem 23, seis idem 40, y un año 76.

REDACCION.—Caños, 4, bajo.



UN LIBRO DE REGALO CADA MES
Y UN ALMANAQUE ILUSTRADO CADA AÑO
 á los señores suscritores.

Literatura, ciencias y artes.
 Poesías festivas de los principales escritores, artículos científicos y de intereses materiales, y sobre beneficencia, sobre instruccion pública, sobre obras artísticas y sobre todo lo que se nos antoje.

EXTRANJERO.—Seis meses, 80 rs. y un año 150.
 AMÉRICA.—Seis meses 90 rs., y un año 170.
 FILIPINAS.—Seis meses 100 rs., y un año 180.

ADMINISTRACION.—Caños, 4, bajo.

EL CASCABEL.

EL PROGRAMA, LOS PRINCIPIOS Y LOS FINES DE EL CASCABEL SE ENCIERRAN SIMPLEMENTE EN EL PROPÓSITO DE PONÉRSELO AL GATO. LO QUE PUERE SONARÁ.

EL TRABAJO.

No hay nada más cómodo que trabajar. El que trabaja lo tiene todo: salud, tranquilidad, dinero, estimacion de las gentes honradas, amor de su familia, buen humor, que es una segunda salud, fé, esperanza y caridad.

El que no trabaja no tiene nada de eso; el que no trabaja es faciturno y sombrío, como que es envidioso y egoista, y no sabe amar ni le aman, y se cansa de la vida, y adquiere vicios, que en algo ha de pasar el tiempo, y es miserable, y receloso, y desconfiado.

Rara vez se distrae de sus deberes un marido que trabaja desde el alba hasta el crepúsculo. ¡Qué se ha de distraer! Acaba su trabajo, y tiempo le falta para volver á su casa, á ver á su mujer y á sus hijos, á tomar á estos la leccion, á que la abuelita le cuente las diabluras que durante el dia han hecho los chicos, y á descansar en paz y en gracia de Dios del trabajo, hasta que amanezca el nuevo dia.

En tanto, el holgazan sale de su casa, si la tiene, y anda por esas calles hecho un vago, y se reune con otros tales como él, y entra en la taberna, y se le pasa la hora de volver á su casa, y no vuelve, y cuando vuelve, ni todos los demonios le pueden sufrir, y

maltrata á su mujer, y aparta con despego á sus hijos, y contesta malamente á su madre, y se hace odioso para todo el mundo, que compadece á su pobre familia.

El que nace pobre, no tiene otro porvenir que el trabajo, y el pobre que cree lo contrario, y hace caso de teorías muy bonitas, cuyo verdadero sentido no entiende ó interpreta á su capricho, es un desgraciado, que vivirá malamente, y puede morir malamente tambien.

No hay más fortuna segura que la del trabajo.

El que nace rico debe aprender algo, debe saber algo, debe ser en el mundo algo más que rico. El rico puede quedarse pobre, y entónces, si está habituado á la holganza y á las comodidades, será más pobre y más desgraciado que el que nació sin bienes de fortuna.

El que tiene el hábito del trabajo, no se amilana cuando la suerte le es contraria; el trabajo da fuerza al cuerpo y al espíritu, da la fé en Dios y en su bondad, y el que trabaja podrá vivir con estrechez algunas veces, pero podrá vivir siempre.

El ocioso no tiene tanta fuerza de voluntad para sentir las eventualidades de la fortuna, ve un horizonte más oscuro que el laborioso, y como sus ideas no son en religion firmes como las de éste, poco ha menester que la suerte le apure para que se lance la

crimen; y si aun conserva un resto de pudor y reprueba el crimen, fácil es que caiga en otro crimen horrendo, que en ninguna situacion se le puede disculpar al hombre. Este crimen es el suicidio, que es crimen tanto más grande é imperdonable, cuanto que es no menos que usurpar á Dios su legítimo derecho, desconocer todas sus leyes y rebelarse contra El.

La holgazanería es el vicio de los vicios. Temedlo todo del hombre ocioso. Tiene, que la ociosidad se las crea, más necesidades que el hombre laborioso, está más dominado de las malas pasiones, tiene más ocasiones de caer en el mal, tiene menos amigos leales, tiene menos personas que se interesen por él, tiene, en fin, despecho, envidia, odio.... ¡Con estos elementos, decidme si será malo un hombre!...

El estudiante desaplicado dedica las horas de estudio al juego, donde pierde el dinero, honrada y laboriosamente ganado por su padre, y á livianos amores, que le roban el decoro, la salud y la inteligencia.

¿Qué le importa que su padre se desespera? ¿Qué le importa que su madre llore sin consuelo, y tenga eterno remordimiento de haberle educado consentido y voluntarioso? ¿Qué le importa que no haya alegría ni sosiego en el sagrado del hogar paterno?...

Acaso un dia vuelve en sí, acaso reconoce su error, acaso quiere aprender, estu-



Una expedicion de bañistas á un sitio muy pintoresco, donde abundan las sabandijas, y donde pasan un dia de todos los demonios los que componen la caravana, y vuelven diciendo que se han divertido mucho.

diar, ser; pero ya es tarde, ya no vuelve la alegría al hogar paterno, ya ha herido de muerte á su madre, ya ha pasado el tiempo, ya sus condiscipulos son algo y él nada, ya se han empobrecido sus padres, ya no ve abierto camino, ya le es muy difícil romper con sus hábitos, con sus amistades, con los compromisos que acaso le han proporcionado sus funestos amores.

Y he ahí un hombre, que pudo lograr por el trabajo consideración y respeto, condenado á la miseria, y á la vergüenza, y al remordimiento, si no lo ahoga en el cieno inmundado del vicio.

En España, si ha de decirse la verdad, hay poca holgazanería. El que trabaja un poco, es un hombre muy laborioso. A quien trabaja mucho se le suele llamar pobre hombre, y se suele decir de él que no sabe vivir. Como que el gran problema que todos quieren resolver es vivir sin trabajar, y preciso es confesar que hay algunos que lo resuelven y viven sin trabajar muchísimo mejor que el que trabaja sin tregua ni descanso.

Pero no queráis imitar á esos vagos, que nunca están comprendidos en la ley de vagos, y que acaso os miran con desden á vosotros, que debéis el pan que coméis al trabajo y á la laboriosidad. ¿Quién sabe cómo estará su conciencia? ¿Quién sabe lo que les costará la fortuna de vivir sin trabajar? ¿Quién sabe si para vivir ellos así, morirán en la desesperación y en la miseria próximos suyos, á quienes engañaron villanamente?

¿De qué no es capaz la mujer ociosa? Si es soltera, serán muchos sus devaneos, y ganará fama de liviana con muy poco que ponga de su parte. El mundo juzga por las apariencias, y las mujeres son las que más expuestas están á las malas artes de la malicia del mundo. La joven ociosa, que á todas partes va, que no piensa más que en lucir, no quiere casarse con un pobre ni con quien tenga siquiera una mediana posición, porque es preciso que ella no tenga que trabajar, porque para ella el matrimonio ha de ser todo comodidades y satisfacciones, y no siendo así, no le conviene.

La mujer holgazana es, si se casa, una calamidad para su marido, en cuya casa no habrá orden, ni economías, ni dinero, ni limpieza, ni salud. Nada más triste que una casa gobernada por la ociosidad. ¿Y si tiene hijos?... ¡Pobres criaturas! Siempre con la cara sucia, siempre con los vestiditos rotos y llenos de lamparones, abandonados los infelices á sí propios: el uno se mete unas tijeras por un ojo; el otro se abre la cabeza con un picaporte; aquel coge una pulmonía, por ponerse en cueros en el balcon; éste se da un atracón de pimientos, y se lo lleva Dios, para castigar á la madre descuidada, que pudo evitar la muerte de su hijo.

¡Y qué dulce y grato es el trabajo de una mujer casada! Cuidar á su marido; conservar su hacienda; economizarle todos los gastos posibles; hacer que la casa esté limpia, que todo esté en su sitio; elegir lo más saludable, lo más agradable, lo más sabroso; vigilar á los criados y darles ejemplo, evitar en lo posible gastar en cosas que ella misma puede hacer.

Si hay alguna mujer á quien hacer todo esto se le haga cuesta arriba, será que es una holgazanota, que tiene el alma, como dicen en mi tierra, sentada en los talones.

La mujer casada que coquetea con éste y el otro, que no está nunca en casa, que lo deja todo encomendado al celo de los que la sirven, es holgazana, y se expone á perder el aprecio de su marido, y á que éste, si no es hombre sesudo, acabe por sentir malestar en su propia casa, y buscar un ficticio bienestar en la ajena.

El marido que, teniendo mujer laboriosa

y arreglada, se olvida de sus deberes, es que es un malvado.

Innumerables son las ventajas del trabajo.

Del trabajo resulta la economía y la probidad. El que sabe cómo se gana el dinero, ni lo tira, ni engaña á nadie, ni explota á nadie.

El trabajo aleja las amistades de la gente holgazana, que no se aviene bien con la gente que trabaja.

El trabajo aleja de la política á los que, si en política se metieran, no sacarían otra cosa que alguna linternazo, y perder muchísimo tiempo, y no tener trabajo, ni dos pesetas.

El trabajo hace amable la vida, hace apreciar y admirar las grandezas de la naturaleza, da satisfacción y tranquilidad á la conciencia, y permite hacer bien á los que quieren trabajar y no pueden, porque los tiempos son malos y hay poco trabajo, y porque, mártires del trabajo, en él han quedado inutilizados. En Francia se ha establecido una institución que lleva por nombre *Caja de los inválidos del trabajo*.

¿Cuándo haremos lo propio en España?

Cuando nos dediquemos los ménos á la política y los más al trabajo.

Con tantos elementos de riqueza, con tanto ingenio como Dios ha dado á los españoles, con tan noble é hidalgo carácter, con tan hermosa tierra, ¿qué es lo que se necesita aquí?

Ménos indolencia y más amor al trabajo.

El Gobierno que proteja el trabajo, que estimule á todos á trabajar, cada cual en su esfera, habrá dado un gran paso en pró de la regeneración de nuestras costumbres sociales y políticas.

Y con esto, no canso más; este artículo es un poco grave, pero creo que no por eso habré disgustado á mis lectores, para quienes con tanto gusto trabajo, y todo lo que trabajo aun me parece poco.

GALERIA DE MATRIMONIOS.

DECIMA PAREJA.

DON PRÓSPERO Y SU MUJER.

Don Próspero es un buen hombre, empleado con 30,000 rs. de sueldo, una cosita regular si los tiempos fueran buenos, y todos los Gobiernos le respetan y le dejan en su destino. Verdad es que hace treinta años, desde que tenía diez de edad, que don Próspero va á la oficina á las diez de la mañana, y sale á las cuatro de la tarde, y desde que entró de meritorio hasta hoy, que ya es jefe, ni un solo día ha dejado de cumplir con su obligación, y así sabe él de memoria todos los expedientes, y tiene en la uña todos los negocios en que ha intervenido durante su larga carrera de empleado. El, eso sí, es un hombre que no se mete en política, ni ha querido nunca ser diputado, ni se le ha oído nunca hablar mal ni bien de ningún ministro, ni ha tenido jamás otra aspiración que la de ganar bien el sueldo.

En la oficina le llaman un pobre hombre, y en su casa lo es efectivamente.

Se casó don Próspero con una mujer superior, es decir, con una mujer de muchas pretensiones, ufana de su nacimiento, hija de un comisario de guerra, y nieta de un alcalde mayor de no sé dónde, y muy orgullosa de su educación y su instrucción, una mujer, en fin, que desde que se casó con don Próspero, acaso por haber perdido la esperanza de hallar mejor proporción, se hizo superior á su marido, y resolvió hacer su santísima voluntad, y, como vulgarmente se dice, ponerse los pantalones.

Y le fué muy fácil hacerlo, porque don Próspero era tan modesto, tenía tan pocas pretensiones, y tan grande era su bondad, que casi casi creía lo mismo que su mujer, que ésta le había hecho un gran favor casándose con él, y que tenía en ella un pasmo de ciencia y sabiduría, y debía abdicar en ella todas las prerogativas que un marido debe tener en su casa.

Don Próspero, por obra y gracia de su mujer, tronó con sus amigos, es decir, ne tronó, porque don Próspero es incapaz de tronar con nadie, pero se alejó de ellos, y no visitó á nadie, ni salió ya más que á la oficina

na y con su mujer, cuando ésta le decía: — Ven conmigo, — que, si no se lo decía, tampoco se movía de casa, y ya podía ir su mujer donde le diera la gana sin dar cuenta, que él nunca se lo preguntaba. Luego rompió toda relación con aquellos de sus parientes que no le gustaban á su mujer, y ya no vió á nadie más que á su mujer, ni habló con nadie más que con su mujer, cuando ésta quería hablar con él.

Don Próspero llegó á ser así en su casa lo que se llama un cero á la izquierda, y su mujer en todas partes un cero á la derecha.

Don Próspero y su mujer son un matrimonio de esos que se llevan bien, y mal podía ser de otra manera, porque la señora es la que lleva á don Próspero, que se deja llevar como un cordero, y se dejaría llevar al pilon, si tuviese esta mal capricho su compañera. Don Próspero da siempre la razón á su mujer, aunque no la tenga, que es el mejor sistema para no reñir, y se la da contra el mundo entero. Ya puede decir su mujer que Chamberí está junto á Zaragoza, que todo lo más que se atravesará á decir despues su marido, es que Zaragoza está junto á Chamberí. Si un día muy frío dice Purita, que así llama á su mujer, que hace un calor horroroso, don Próspero sale en cuerpecito gentil á la calle, aunque vaya tiritando; y si cogiera una pulmonía, es seguro que diría á todo el mundo que había cogido una pulmonía en un día de muchísimo calor. Ya puede hablar Purita pestes del hombre más honrado ó de la mujer más virtuosa: don Próspero, sin otro dato, ni más razón, tendrá siempre á aquel por un pillo, y á la otra por una mala cabeza. En fin, don Próspero ve por los ojos de su mujer, y en todo sigue la opinión de ésta, que pocas veces es acertada.

En su casa entran y salen criados, sin que don Próspero sepa por qué salen y por qué entran. Unas veces se come á una hora, y otras á otra, sin saber por qué, y todo se hace bajo la dirección de la señora, que dice que es una mujer de orden, y que verdaderamente no tiene en su casa órden alguno.

Cuando don Próspero se muda de camisa, es porque su mujer se lo indica; y si ella no se lo dijera, es fácil que no se mudara en meses enteros: cuando se compra botas, es cuando casualmente ve su mujer que se le sale un dedo por un agujero, y aunque llueva á cántaros, no se le ocurrirá sacar el paraguas; si su mujer no se lo pone delante de las narices. Alguna vez que se le ha olvidado á su mujer, en ocasión semejante, darle el paraguas, se ha puesto el hombre hecho una sopa, y con mucho gusto, porque cuando Purita no le ha dado el paraguas, dice él, sus razones habrá tenido.

Cuando van de visita, es el eco fiel que repite todo lo que dice su mujer, si ésta le deja meter baza, que la mayor parte de las veces ella se lo habla todo sola, hablando mal de todo el mundo, hasta de éste, que así llama á su esposo, á quien atribuye el defecto de ser un hombre pusilánime y un abandonado, que no sale de su destino para otro mejor por torpeza, y que le quema la sangre con su calma, y que, si no fuera por ella, dejaría que pasasen por encima de él carros y carretas.

Y él dice á todo que sí, y se le cae la baba, y hace el tonto de una manera solemne, porque bueno es querer á su mujer, y no ofenderla en lo más mínimo, ni de pensamiento siquiera, y mimarla y contemplarla; pero de eso á ser un esclavo humilde, y á dejarse dominar, y á pasar plaza de memo delante de las gentes, va mucha diferencia.

Purita tiene en casa tertulia, á la cual casi nunca asiste su marido, que se está metido allí dentro, entretenido en trabajos que lleva de la oficina, como si fuera un escribiente, que tuviera que empezar á hacer méritos. Purita recibe á quien le da la gana, y á su casa van señoras cotorronas, niñas entecas, gallos con más espolones que el de Mórón, y pollos de todas castas, desde el pollo sentimental, que cuando baila va temblando á compás, y parece que se va á desmayar cuando una muchacha bonita le dice: — Pepito, déme V. el brazo, — hasta el pollo gastado á los veinte años, que hace el amor á las mujeres casadas, y que quiere hacer creer que no hay una virtuosa, como si el titero no tuviera honrado padre y madre intachable.

Alguna vez preguntan á don Próspero si conoce á don Fulano, que dicen que va á su casa, y contesta:

— Yo nó; será conocido de mi mujer.

Háganme VV. el favor de decirme qué marido será éste que no conoce á los conocidos de su mujer.

Purita va todos los años por el verano á los baños de mar, á curarse no sé qué dolencia, pues ella no tiene ninguna, y siempre dice que está mala, y don Próspero se queda en casa con la criada y el criado, que le sirven como les da la gana, y que salen cuando quieren, y vuelven cuando se les antoja; y si algun día hacen algo, así como dejarla sin comer, ó no abrirla la puerta, ó convidar á tres ó cuatro amigos, ó irse al teatro y hacerle salir en calzoncillos á abrirlas la puerta,

los amenaza con decirselo á la señora cuando venga, y ellos se ríen grandemente de él.

Y mientras ella se está por allá un mes, en compañía de las amigas y los amigos de la tertulia, con su sombrero con muchas plumas de todos colores, su docena de vestidos cogidos en pabellones, luciendo el pie, con su falda colorada debajo, haciéndose la niña, y alternando con las damas de la buena sociedad, como si la sociedad no fuera buena mas que en cierta clase, yendo de campo en mulo á la quinta del conde de la Tarántula, y bailando por las noches *lancers*, y *cazadores*, y carabineros, y guardias civiles, y si la ruegan mucho, cantando con algun adoncado, que canta como un becerro algun duo sentimental, y dando ocasion á que algun cronista de esos que nunca faltan en las reuniones de bañistas, escriba á *La Correspondencia* un suelto ponderando la belleza de la señora de don Próspero, su maestría en el arte de la música, su exquisita amabilidad, sin olvidar aquello de que *hace las delicias de la escogida y selecta sociedad que allí se reúne, y demás lugares comunes de costumbre.*

Y don Próspero se pone tan hueco cuando lee estas majaderías, en vez de prohibir terminantemente al cronista y á *La Correspondencia* el nombre de su mujer, como si fuera el de algun callista, ó el de algun domador de fieras, ó el de algun hombre politico de esos que hacen su carrera á fuerza de sueltos en los periódicos.

En resumen, don Próspero es un infeliz, y él tiene la culpa de que se hable de él en son de burla, y de que muchas gentes tengan equivocado concepto de Purita, que en medio de sus defectos, es una mujer honrada, porque la sociedad está de tal manera organizada, ó desorganizada, y es tanta la malicia de la sociedad, sobre todo de la buena, que así se llama ella misma por modestia, que una mujer necesita hacer menos que lo que hace Purita para dar ocasion á la murmuracion, que pronto se convierte en difamacion y calumnia.

XXV. conocerán algun matrimonio como el de don Próspero y Purita, y me podrán decir si exagero.

En el matrimonio, como en todo, cada cual debe ocupar su lugar, y es preciso que así sea, para evitar que la maledicencia y la envidia, que son dos grandes influencias en esta sociedad, puedan tener ocasion de hacer uso de sus armas.

Ha dicho, y me parece que no dirán XXV. que este matrimonio es tan largo como el anterior.

En el número siguiente verán XXV. otro.

CONDICIONES

PARA QUE UNA MUJER HAGA LA FELICIDAD DE SU MARIDO.

Primera.—Persuadirse íntimamente de que hay dos modos de mandar en una familia: el uno por la expresion de una voluntad que pertenece á la fuerza: el otro

por el irresistible poder de la dulzura á que se somete la fuerza misma. El primero es propio del marido; la mujer no debe usar mas que del segundo. Una mujer que dice «Yo lo quiero» merece perder la parte que le corresponde en el mando.

Segunda.—Evitar el contradecir á su marido.—Al ir á oler una rosa, no se promete cualquiera, sino el placer de sus perfumes; y así tambien no debe esperarse de la mujer mas que agrado. La que se opone continuamente, inspira una aversion que el tiempo fortifica, y de la que no puede preservarla las demás cualidades que la adornan.

Tercera.—No entremetarse en los negocios del marido, aguardando que él la confie los que quiera, y no ponerse á aconsejarle, sino cuando él la consulte.

Cuarta.—No ponerse á arengar ni á echar sermones á su marido. Predicarle, si, con el ejemplo, y practicar las virtudes para hacérselas amar.

Quinta.—Enseñarle, y en cierto modo precisarle á las atenciones y miramientos, teniéndoselos por su parte. No exigir nada para obtener mucho y manifestarse siempre contenta de lo que haga el marido, para excitarle á hacer más.

Sesta.—Casi todos los hombres adolecen de vanidad, y en algunos es insoportable; por lo mismo no se debe ajar esta vanidad ni aun en las cosas más leves, y por más que una mujer tenga más talento que su marido, debe de aparentar que no echa de ver esta ventaja.

Sétima.—Cuando el marido dé su parecer y no sea fundado, no se le dará á entender de buenas á primeras, sino que lo atraerá poco á poco á la razon con dulzura y agrado; y ya que se rinda á ella, dejarle el mérito de haber dado él con lo que era justo y conveniente.

Octava.—Corresponder al mal humor del marido con afectuosidad: á sus desdenes con buenos procederes, y no prevalerse jamás de esto para reprocharle ni humillarle.

Novena.—Hacer una eleccion, bien reflexionada, de amigas, tener pocas y desconfiar de sus consejos, sin escuchar jamás sus chismes, para no hacerse odiosa á su marido y á la sociedad. Gustar mucho del aseo y poco del lujo excesivo, vestirse con gracia, y sobre todo, con mucha limpieza y decencia. Variar la forma de sus vestidos, y sobre todo, los colores. Si el día que se ha puesto, por ejemplo, un vestido oscuro, ha habido alguna desazon, debe al siguiente ponerse uno blanco, porque de este modo se da otra direccion á las ideas, ó se evitan recuerdos desagradables. Este consejo, al parecer pueril, es más importante de lo que se imagina, y hay muchas mujeres que puedan concebir el ascendiente que ejerce la imaginacion.

Décima.—No ser curiosa en los asuntos del marido, atrayéndose la confianza de él con otra igual: observar ó den en todo, y no enfadarse nunca ni regañar, para que su propia casa sea al marido más agradable que otra alguna.

Undécima.—Dar á entender en todas ocasiones que se refiere á las luces y conocimientos de su marido, sobre todo delante de las gentes, aun cuando para esto sea necesario pasar por encima en su opinion, no olvidando que la mujer se concilia el aprecio, por el que hace de su marido.

Duodécima.—Dejarle en plena libertad de obrar, ir y venir adonde le parezca, pues una mujer debe hacer su compañía tan gustosa para su marido, que no pueda hallarse bien sin ella, y que fuera de su casa le sean insípidos todos los placeres, si no los comparte con su esposa.

llado las fuerzas para andar, en su misma excitacion nerviosa, pero á esta sucedió el aniquilamiento, y su hermano pudo al fin hacerle subir los ochenta y nueve escalones de la bondad que habitaban.

¡Los has reconocido, mi querida Luisa!
¡Ay, aquellos dos infelices eran Claudio y Nicolás!
Habian pasado dos años desde el triste acontecimiento que motivó su salida de la casa de Mendoza, y la suya ya no presentaba el mismo aspecto de elegante limpieza que te he descrito al principio de esta historia.

Los milagros de la economía no eran ya bastantes á borrar las huellas de la miseria, que se ofrecia allí á los ojos en toda su repugnante desaudez.

Una mesa de pino, algunas sillas rotas, una arca abierta, en donde se veían algunas piezas de ropa, hechas girones, en un rincón algunos libros y papeles, en el otro tres colchones doblados, tres colchones que por la noche se extendían, y sobre los cuales procuraba hallar algun descanso la desdichada familia.

A la sazón, tendida sobre aquellos tres colchones, se veía una especie de momia apergaminada. Era la abuela.

La vida no residía ya mas que en sus ojos, desmesuradamente abiertos. ¡Ay! ¿dónde se habia refugiado la alegría en aquella casa, si ya no se descubrían sus huellas en el rostro de la pobre vieja?

Virginia habia envejecido diez años. Llevaba un vestido de percal, descolorido y remeado.

Su madre parecia una sombra.

Para qué detallarte, Luisa mia, la desgarradora escena que pasó allí á la entrada de los dos hermanos?

Aquel cuadro rechazado, era su unico recurso, su postrera esperanza, el unico sueño que templaba las amarguras de sus febricitantes imaginaciones; ¿para qué se necesita decir más?

Hé aquí lo que habia pasado en aquellos dos largos años.

Quando Claudio entró en su casa, huyendo de la de Mendoza, cayó desplomado en los brazos de su madre.

Aquel desmayo fué el principio de una penosa enfermedad, que le tuvo tres meses clavado en el lecho del dolor.

Durante este tiempo, Nicolás rechazó cuantos socorros venían de parte de Geneveva, y cerró las puertas de su casa á Eugenio, con una tenacidad invencible.

LOS TRES MARIDOS BURLADOS.

EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA.

(Continuacion.)

Con el agua á media pierna, la poca paciencia á gollote, llegó nuestro pintor á su casa, y oyendo desde la puerta las voces, bailes y gira que dentro habia, pensando que la habia errado, levantó la linterna, y reconociéndola, vió la puerta nueva y la tabilla de posadas sobre ella, que le desatizó sobremarera. Volvió á examinar la calle, y halló que era la de Lavapiés. Recorrió las casas de los lados y de enfrente, y halló las propias que siempre. Volvió á la suya, y desconocióla, y tambien el título de ella. «¡Válgame Dios! dijo haciéndose cruces. Hora y media ha que salí de mi casa, donde estaba mi mujer, más para llantar que para bailes; en ella solo vivimos los dos y su sobrina; las puertas, aunque menesterosas de reformation, eran las mismas cuando salí que los otros días; casas de posadas en esta calle no las ví en mi vida, y cuando las hubiera, ¿quién puede de noche, y en tan breve tiempo, habérselo dado á la mia este ventero privilegio? Decir que lo sueño, no es posible, que tengo los ojos abiertos, y los oídos examinadores de este encantamiento: echar la culpa al vino en tiempo de tanta agua, es obligarme á la restitution de su honra. Pues, ¿que puede ser esto?» Tornó á tentar y ver, y oír puertas, tabilla y bailes, sin saber á qué atribuir tan repentina transformation; y asiendo de la aldaba, dió golpes con ella, bastantes á despertar los vecinos, que no oyeron ó no quisieron oír los bailadores huéspedes.

Asegundó aldabadas mayores; y despues de haberle tenido á curar como lienzo de Galicia un buen rato á las goteras, abrió un mozo la ventana de arriba, con un candil encendido en la mano, y un tocador en la cabeza entre sucio y roto, diciendo: «No hay posada, hermano. vaya con Dios, y menos golpes, que le coronará por necio un puchero de agua hirviendo.» «Yo no busco posada, que no sea mia, dijo el pintor, sino que me dejen entrar en mi casa y me diga el que hace mandon en ella quién en hora y media la ha dado el nuevo oficio de posada, habiéndole costado su dinero á Diego de Morales.» «De parras debia de ser, respondió el mozo, el que os gobierna la lengua: hermano mio, para quien tan aforzado viene, poco daño le hará el agua de las goteras; váyase noramala, y no me toque otra vez á la puerta, que le echare un mastin que le abra media docena de botanas.»

Cerró con esto de golpe la ventana, prosiguió dentro la gira y el bureo, y el pobre pintor, dándose á los diablos, imaginaba que alguna hechicera le hacia estos trampantojos: menudeaba el cielo centaras de agua y nieve, á vueltas de un cierzo que le desembarazaba el cerebro: la vela de la linterna se habia acabado, y con ella la paciencia de su portador; y así, volviendo á dar mayores golpes á la aldaba, oyó que respondia dentro uno: «Mozo, daca un palo, suelten esos mastines, sal allá fuera, y hazle á ese borracho una fricacion de espaldas con que se le desembarace la cabeza.»

Abrióse la puerta entonces, y salieron dos perros, que á no detenerlos el mozo, y cerrar tras si, hicieran que llorara el confuso pintor la burla de veras. «Hom-

Lorenza no se opuso á esta determinacion, porque su orgullo y su amor maternal se hallaban vivamente ofendidos de que el banquero hubiese podido dudar de su hijo. Tenia algunos ahorros; podia aun hacer frente á los gastos de la enfermedad, y su dignidad de madre la mandaba rechazar cuantos socorros pudiesen parecerse á una humillante limosna, interin las diligencias que se hacian para hallar al escribiente no diesen algun resultado favorable.

Por desgracia, cuantas practicó la justicia fueron vanas.

Quando apenas Claudio empezaba á entrar en la convalecencia, se presentó Cándida en su casa, y como la primera vez, y con el mismo objeto, les mandó desocuparla; pero Eugenio, que sin duda lo ignoraba, no se presentó, como en otro tiempo, á conjurar la tormenta.

Claudio, que habia siempre resistido á sus asechanzas, no podía sucumbir entonces, creyendo la única autora de su deshonra y su desdicha. Lorenza, informada por su hijo de cuanto habia pasado, se dió prisa á vender sus muebles y los objetos que poseia aun de algun valor, y en trasladarse al cuarto en donde hemos vuelto á encontrarlos, empleando los medios que juzgó convenientes, para que su perseguidora ignorase su nuevo domicilio.

—Esa mujer es tu ángel malo, decia á Claudio, y es preciso interponer un mundo entre los dos.

Pero de este modo, tambien quedó interpuesto entre ellos y Geneveva.

Quando Claudio hacia timidamente esta objecion, su hermano le interrumpia, diciéndole con vivacidad:

—Deja, Claudio, deja que pase algun tiempo: yo concluiré mi cuadro, y cuando tenga dinero para pagar nuestra deuda, entonces será ocasion de buscar á Geneveva. Yo espero con tranquilidad, porque estoy seguro del resultado.

Pero el alma de Claudio no era tan fuerte como la de su madre, ni su esperanza tan ilimitada como la de su hermano. Habia sufrido desde muy niño, y las fibras de su energia se habian gastado. Tal vez, sin a quel breve apartado de gloria, hubiera continuado resignadamente en su vida oscura y laboriosa; pero aquella caída tan rápida, tan imprevista, aquel deshonor, adherido ya para siempre á su nombre, habian tronchado por completo su existencia.

(Se continuará.)

EL BALSAMO DE LAS PENAS.

NOVELA ORIGINAL

DOÑA ANGELA GRASSI

CAPITULO VIII

(Continuacion.)

—¡Ah, hija mia! respondió una señora, que sin duda la conocia, ¡habéis hecho bien de venir tarde! ¡Qué infamia! ¡Han rechazado aquel cuadro que está allí, y todos dicen que es muy bueno! ¡Y su infeliz autor es casi un niño, un pobre niño, que tal vez no resistirá tan rudo golpe! ¡Vámonos de aquí, vámonos, yo no puedo ver estas cosas!

Y la señora salió en efecto, seguida de muchísimos concurrentes, que se dieron prisa en imitar su ejemplo.

Mientras seguía el acto en el salon casi desierto, el jóven autor del cuadro de Luzbel atravesaba la calle de Alcalá, apoyado en el brazo de su hermano.

Iba con la cabeza caída, y las miradas fijas en tierra. Parecia que estaba muerto, y que ni siquiera oía las palabras de consuelo que le iba su compañero prodigando.

Pero cuando llegaron á la calle del Calvario, en donde sía duda habítaban, el infeliz se detuvo repentinamente, y cruzándose de brazos, dijo con voz lúgubre:

—¡No subo!

En vano trató su hermano de persuadirle: á todas sus súplicas respondía en el mismo tono.

—¡No subo, no, no subo!

Quando su hermano hubo agotado sus racionios para convencerle, apeló á la fuerza.

Trabóse entonces entre los dos una desesperada lucha, pero el jovencillo estaba muy endeble, habia ha-

bre del diablo, dijo el ministro, ¿qué nos quieres aquí con tantos go pes? No os han dicho que no hay posada? Hermano, esta es la mía, respondió él; ¿quién diablos la ha convertido en meson, siendo ella desde mis padres casa de Diego de Morales? ¿Qué decís, hermano, replicó, ¿qué Morales, ó azufafas son esos? Yo lo soy, por la gracia de Dios, pintor conocido en esta corte, estimado en este barrio, y habitador en esta casa más ha de veinte años. Llamad á mi mujer, Mari Perez, si no es que tambien se ha transformado en mesonera, y sacárame de este laberinto.

«¿Cómo puede ser eso, prosiguió el mozo, si ha más de seis años que esta es hospedería de las más conocidas de cuantos forasteros vienen á Madrid? Su dueño, Pedro Carrasco, su mujer Mari-Molino, y yo soy su criado. Andad con Dios, que á no teneros lástima, yo os curara por ensalmo de este garrote la enfermedad vinosa que os destumbra.»

Volvio á cerrar la puerta, entrándose dentro, y el expelido mozo de su casa, atarantado, sin saber qué se decir ni hacer, á oscuras, y atrancando todos, se fué á la del celoso Santillana. Llamó á ella, y haciéndole levantar casi á las cuatro de la mañana, encendió luz, creyendo le habia sucedido algun desastre ó pendencia.

Preguntóselo; él, informado de lo que pasaba, hizo levantar á su mujer; y aunque ella sabia el fin á que tiraba la burla, la hizo en compañía de su marido del aguado pintor, atribuyéndolo á hechizos y tropelias, que Yepes y San Martin (de quien no era poco devoto) suele hacer en tales noches y tiempos.

Encendieron lumbré, en que se calentó, pusieron á enjugar su ropa, limpiáronle las botas, y dándole matraca sobre el fieltro, que resistió mejor el agua que sus figas, le acostaron, en una cama que le hicieron, orfando el en acreditar lo que habia visto, y ellos en afirmar que venia, como suelen decir, calamocano.

Luego, pues, que la buena Mari-Perez supo por sus espías que se habia ausentado su enlodado esposo, asentó la primera puerta con ayuda de sus convidadas, como estaba ántes. Quitó la tablilla, y haciendo que se llevasen lo uno y otro consigo, los despidió á todos, conjurándolos guardasen secreto; y quedándose con su sobrina sola, se acostaron, cansados los piés del baile, y las manos de las castañetas, los estómagos de comer, y las bocas de reir, durmiendo á satisfaccion de la cena y entretenimiento hasta la mañana, que volvió nuestro pintor medio enjuto, en compañía del viejo Santillana, que casi persuadido con la porfía de nuestro Morales, oyéndole afirmar lo mismo por la mañana que por la noche, deseaba ver esta nueva maravilla.

Llegaron, en fin, á vista de la casa encantada, y hallándola con su puerta antigua, sin tablilla sobre ella, quieta y cerrada, comenzó el viejo á dar cordelejo de nuevo al pobre Morales, y él de nuevo tambien á desbautizarse, jurando y perjurando que era verdad cuanto le habia referido, y que aquel era algun arte del demonio, que pretendia se desesepase.

Llamaron, y salió á medio vestir la sobrina, abriendo la embustera la puerta; y en viendo á su casi padrastro le dijo: «¿Con qué cara viene V., señor tío, á ver á su mujer? ¿Ni qué cuenta de sí, quien dejándola casi á la muerte á las doce de la noche, y enviándole por una comadre, viene á las ocho de la mañana sin ella y con esa flemma? «Si tú supieras, Brigida, respondió él, en lo que por tu tia me he visto esta noche, más lástima tuvieras de mí que quejas. Mañana nos hemos de mudar de esta casa, que andan en ella enjambres de demonios.»

Oyó en esto la prevenida enferma, y levantándose como una onza de la cama, con solo manto, salió dando gritos, y diciendo: «¡Oh! ¡qué solicito marido de la salud de su mujer! Para frío de cuartana valeis lo que pesais, Morales mio, que no volvereis en toda la vida. Hizoos mal el sereno de anoche? Venis acatarrado? ¿Qué enjuto que os dejó la tempestad pasada! Cerca vivia la piadosa Marta que os hospedó: bien creisteis vos hallarme muerta cuando volviésteis con la Castejona, y entraros por mi dote y hacienda como por viña vendimiada; pero malos años para vos y para quien mal me desea. ¿A qué viene V. con ese perdido, señor Santillana? Si es á disculparle conmigo, no tiene para qué, que por el siglo de mi madre que he de irme luego al Vicario, y pedir divorcio: no quiero aguantar otra ensalada, cuya sal maliciosa ponga á pique mi vida: dame de vestir, Brigida, toma tu manto, huye de este busca comadres.

«Sosiéguese V., señora Mari-Perez, dijo el amigo, que el señor Morales no tiene la culpa, sino alguna hechicera, que por malos medicos quiere hacerlos mal casados.»

«Mujer, acudió el afligido pintor, puesto que os pareceis tener razon en quejaros de mí, escuchad las mias y hablad menos libre, que me falta paciencia para sufrir, gastada la que tenia en los embebecos de esta noche.

Contóle en esto todo lo que ella mejor sabia; con que fingiendo alborotos nuevos, volvió á decir: «¿A mí con papeles? No ven vuestras mercedes que soy cabos negros y boquisancha? ¿Hay más lindas papandujas que las que me venden? ¿Casa de posadas la mía? ¿Mastines y bureo, bailes y fiestas aquí anoche? Aun si dijieran quejas, maldiciones, suspiros y males, acertaran: no lo hubiera hecho mejor conmigo con media azumbre del Santo y dos mostachones, acompañado de seis bizcochos, que desterraron el mal de madre, que mi cuidado marido, que ya mascara tierra la pobre de su mujer.

«Hágaois muy buen provecho, esposa mia, respondió él, y no permitais que me entre en malo á mí, y tras de una noche pesosa un dia tan pendenciero. Juro á todo lo que se puede jurar, que cuanto os he contado me sucedió. En esta casa deben andar duendes; con venderla ó alquilerla, pasándonos á otra, se remediará todo.» «Y como que hay duendes, señor tío (acudió la taimada Brigida) las más noches me pelizcan y dan azotes, aunque blandos, y se rien á carcajadas.» «¿Pues cómo nunca me lo has dicho?» dijo la disimulada tia. «Porque no imaginasen vuestras mercedes,

respondió, que era otra persona, en desercito de mi opinion, y casa de mis señores tios.

«Alto, eso debe ser sin duda, dijo Santillana, no hay sino perdonarse unos á otros, y entrar con buen pié en la Cuaresma, que es mañana.» Hízose así, quedando en ojeriza con los duendes el encantado pintor, y su mujer con esperanza de que premiase su burla, el diamante pretendido.

(Se continuará.)

CASCABELES.

Está publicándose en Barcelona la novela ejemplar titulada *El Bautismo de lágrimas*, de don Cecilio Navarro.

Pocas son las entregas que se han dado á luz, y ya inspira grande interés, dejando admirar los brillantes conceptos, galanura de estilo y profundos pensamientos filosóficos, que distinguen á este autor en todas sus obras serias.

Creemos que los editores catalanes recogerán buena cosecha de suscripciones á *El Bautismo de lágrimas*.

Se suscribe á esta obra, dirigiéndose á los señores Martí y compañía, calle del Buen suceso, núm. 20, Barcelona, acompañando á los pedidos libranza de fácil cobro ó sellos de franqueo, á razon de medio real la entrega.

Con una rica se casó don Diego, mas la suerte dejóle pobre luego: con una pobre se casó Pascual, y juntó en poco tiempo un capital.
La riqueza sin orden es pobreza; La pobreza con orden es riqueza.

Porque era un poco fea, no se quiso casar Gil con Matea, y luego eligió esposa bastante loca, y vieja, y horrorosa.
No hay ninguna mujer como á mi nombre! aun siendo una carátula espantosa, que no encuentre algun hombre á quien parezca hermosa.

Es seguro que en el teatro del Principe continuará la empresa regeneradora del arte con la misma compañía; en el Circo seguirán Matilde y los Catalinas, y en la Zarzuela una compañía de este género, dirigida por Salas; en fin, que todo estará como el año anterior. Dios quiera que el año sea mejor que el pasado para los teatros, aunque mucho lo dudo.

Ha dado don Mamerto en la manía de hacerse cada mes una sangría, y el pobre va quedando de modo, que se va transparentando.
Siempre se echa á perder el hombre que se quiere componer.

Charadita del núm. anterior.

El hado quiso inhumano que el todo de tu charada lo tenga yo, que casada me encuentro con un tirano.

Una señora, á quien su marido no deja ir este año á Biarritz y San Juan de Luz, á pretexto de que no hay dinero.

Barbieri es un hombre que merecá bien de la patria, por haber preferido este verano, á descansar en Vichy ó en otra parte, dar al público de Madrid, que tan aburrido, cargado y triston está por el dia, deliciosísimos ratos con sus conciertos.

Charadita.

Ayer estaba yo malo, mas tomé segunda y prima, y me puse mejorcito con tan buena medicina; despues, en segunda y terciá eché unas sales marinas, me eché yo luego en la propia, y aumentó la mejoría; y por fin, sobre primera y terciá me pasé el dia, y esto acabó de arreglarme garganta, pecho y barriga, y así pude por la noche ir á hacer una visita enfrente de cierta iglesia que hay en esta ilustre villa, cuya iglesia lleva el nombre que claro mi todo explica.

Nos escribe alguna persona, suponiendo que vamos á desvirtuar la índole de EL CASCABEL, cumpliendo el programa que expusimos en uno de los últimos números del mes anterior. No hay nada de eso, amigo. EL CASCABEL será siempre el mismo, y hablaremos de todo, y de todo daremos cuenta, siempre en el estilo propio de este periódico, que nunca ha de ser como los demás, por más que los demás son muy interesantes.

Por no estar en su casa doña Blasa, entraron en su casa unos un dia, y en tres ó cuatro veces, de su casa le sacaron lo poco que tenia.
No es posible, lector, que el bien encuentre mujer que con frecuencia salga y entre.

SANTO DE HOY.

Santa Clara, virgen y fundadora. Cuarenta horas en la iglesia de las Descalzas Reales.

ESPECTÁCULO.

Jardín del Tivoli (Prade). Dos grandes bailes á las horas de costumbre; en el de la noche concierto instrumental, fuegos artificiales, con el gran combate y bombardeo del Callao.—La música que ha de tocarse en la función de este dia, del bombardeo del Callao, está escrita expresamente por don Juan Maria Goñe, músico mayor del batallon de Ciudad Rodrigo, el que facilitará copias para tocarse en el piano á cuantas personas agrade.

ANUNCIOS.

Tradiciones vasco-cantabras, por don Juan Venancio Arasquistain. Un tomo de 380 páginas, en octavo mayor, muy bien impreso en papel superior.

Se vende á 15 rs. en la librería de don Leocadio Lopez, Carmen, 13.—Bilbao, en la de don Tiburcio Astuy.—Vitoria, en la de don Ignacio Egaña.—San Sebastian, en la de don Ignacio R. Baroja.

Para todos, y especialmente á la industria y al comercio.—Los que tengan que acudir á los tribunales para el cobro de deudas, desahucios, injurias ó por otra causa, y el que necesite gestionar para casamientos y seguir cualquiera pretension en oficinas, ó colocar dinero á réditos, etc., puede valerse del antiguo curial reservado y agente matriculado, de responsabilidad, que vive calle de Milanés, núm. 5, cuarto principal. Recibe hasta las doce de la mañana.

A LOS FUMADORES.

Antinicotina. Los que deseen preservarse de las enfermedades que en cierta edad aquejan á los fumadores, sin saber muchas veces las causas que las producen, y que provienen de las cualidades dañosas del tabaco, deben hacer uso de esta sustancia, altamente preservadora é higiénica. Se vende en esta administración, y en casi todos los estancos de la corte. En provincias se hacen los pedidos á D. M. B. Herrero, plaza de Bilbao, 9, 3.º, incluyendo 5 rs. en libranzas, ó 6 en sellos.

El dueño del establecimiento de préstamos de la calle del Noviciado, núm. 5, tienda, avisa y ruega á las personas que tengan efectos empeñados en el mismo, se sirvan pasar á recogerlos en el más corto plazo posible, por haber cesado desde el dia 8 de este mes en sus operaciones, limitándose á liquidar las que tiene pendientes. Recuerda con este motivo lo estipulado en la 2.ª condicion de los contratos, á fin de evitar perjuicios.

Todos los efectos que no han sido desempeñados en el término de los seis meses que marcan los resguardos, se ponen á la venta en almoneda pública, que tendrá lugar en el mismo Establecimiento todos los dias, á contar desde el 15 del corriente, desde las 8 de la mañana á las 6 de la tarde. Madrid 9 de Agosto de 1866.

Baños minerales de Loeches.—Este establecimiento de baños se abrió al público el 15 de Junio, y se cierra el 15 de Setiembre. Sus aguas purgantes curan con especialidad las enfermedades de la piel y otras que se detallan con más pormenor en los prospectos, que se darán gratis en la calle de las Huertas, núm. 41.

Baños.—En la calle del Ave Maria, núm. 11, tienda del señor Marin, se alquilan de zinc y de hoja de lata, desde un real en adelante, y se venden nuevos y usados, desde 40 rs. á 260.

Los baños número-medicinales-salinos, únicos en esta corte, calle del Mediodía Grande, número 11, bien acreditados y conocidos del público por las excelentes virtudes de sus aguas, siguen abiertos al público: los prospectos del análisis, se dan en el mismo establecimiento.

La italiana, gran fábrica modelo de pastas para sopa, calle de Cañizares, núm. 3, Madrid.—Macarrones de Nápoles.—Fideos de Génova, de cabello de ángel, de fraile.—Garibaldinos, cintas, tallarines rizados.—Pastas de todas clases.—Basados en una larga experiencia, adquirida en una de las mejores fábricas de este género en Italia, podemos ofrecer al público las mejores pastas, y muy superiores á cuantas se han fabricado en Madrid hasta el dia. El mejor elogio que de ellas podemos hacer, es la numerosa clientela que nos favorece, en el poco tiempo que estamos establecidos.

DESPACHO CENTRAL DE EXHORTOS.

CALLE MAYOR, 97, ENTRESUELO.

Se encarga de cumplimentarlos con prontitud en todos los juzgados y tribunales de España y Ultramar, proporcionando tambien copias auténticas y testimonios de cualquier instrumento público ó partidas sacramentales, haciéndoles venir de los puntos en que estén protocolizados ó archivados. La correspondencia al director, DON JOSÉ AMI.

Por lo contenido en este número.

F. Perezagua.

Editor responsable, D. Diego Mendez.

MADRID: 1866.—Imprenta de El Cascabel, á cargo de M. BERNARDINO, calle de los Caños, número 4, bajo.